

po de Poteau estaba en la parte baja del sendero, á la mitad del camino de Rognes. Cuando llegó allí, el mozo se detuvo. Le esperaba el arado y un saco de semilla descargado en un surco. Llenó de él su talego, diciendo:

—Adiós entonces.

—Adiós — contestó Francisca — y gracias otra vez.

Pero él se vió acometido de cierto temor, y enderezándose le gritó:

—Dime, si la Coliche volviese á comenzar....

Quieres que te acompañe hasta el fin?

Ella estaba ya lejos. Volvióse y gritó con su voz serena y fuerte á través del gran silencio de los campos:

—¡No, no! es inútil, no hay peligro. ¡Tiene el saco lleno!

Juan, con el talego atado sobre el vientre, comenzó á bajar la pieza de labor, echando grano; alzaba los ojos y miraba á Francisca achicarse, caminando detrás de su vaca indolente que balanceaba su enorme cuerpo. Cuando volvió á subir dejó de verla; pero á la vuelta la vió otra vez más achicada, tan pequeña, que se asemejaba á una florecilla con su fino talle y su gorro blanco. Tres veces la vió disminuir de aquel modo; después la buscó, pero ella debía haber dado vuelta á la iglesia.

Dieron las dos; el cielo estaba gris y helado como si pelladas de ceniza hubieran ocultado el sol para muchos meses, hasta la primavera. En aquella inmovilidad, una mancha más clara hacía palidecer las nubes, hacia la parte de Orleans, como si de aquel lado el sol resplandeciera á dos

leguas de allí; sobre aquella mancha destacábase el campanario de Rognes, mientras que el pueblo quedaba oculto en el pliegue invisible del valle del Aigre. Pero hacia Chartres, al Norte, la línea del horizonte tenía la limpieza de una raya trazada con tinta entre la uniformidad terrosa del vasto cielo y el desarrollo sin límites de la Beauce. Después del almuerzo parecía haber aumentado el número de los sembradores. Ahora cada parcela de aquella tierra en cultivo tenía el suyo; se multiplicaban y pululaban como negras hormigas laboriosas ejecutando algún gran trabajo, encarnizándose en alguna labor desmesurada, gigantesca en comparación de su pequeñez; y sin embargo, distinguíase, aun en los más lejanos, el gesto de obstinación, siempre el mismo, aquel empeño de insectos en lucha con la inmensidad del suelo, victorioso al fin del tiempo y del espacio.

Juan sembró hasta que fué de noche, después del campo del Poteau los de las Rigolles y el de los Cuatro Caminos. Iba y venía á largos pasos iguales; el grano de su talego se agotaba, y la semilla cubría detrás de él la tierra.

II.

La casa de maese Baillehache, notario de Cloyes, está situada en la calle Gronaise, á la izquierda, como se va á Chateaudun: una casita blanca de un solo piso, en cuya esquina está el único reverbero que ilumina aquella calle, desierta toda la semana y sólo animada los sábados por los campesinos que en gran número vienen al mercado. Desde lejos se

veía brillar sus dos aleros, resaltando de la línea más baja que formaban los edificios contiguos; la casa tenía por detrás un jardincillo que bajaba hasta el Loir.

Aquel sábado, en la pieza que servía de estudio, y que daba á la calle, á la derecha de la entrada, el escribiente, un muchacho de quince años, delgado y pálido, había levantado una de las cortinas de muselina para ver pasar la gente. Los otros dos pasantes, uno viejo, gordiflón y muy sucio, y el otro un poco más joven, seco y de color bilioso, escribían en una mesa de pino mugrienta, que componía todo el mobiliario con siete ú ocho sillas y una estufa que se encendía sólo en Diciembre, aunque nevara en Todos los Santos. Los estantes que adornaban las paredes, las verdosas carpetas gastadas por las puntas, desbordando amarillentos legajos, emponzoñaban la habitación con el olor de tinta y papeles viejos apolillados.

Y sin embargo, sentados uno al lado del otro, dos campesinos, hombre y mujer, esperaban con una inmovilidad y paciencia llenas de respeto. Tantos papeles, y sobre todo aquellos dos señores escribiendo tan de prisa, aquellas plumas sonando á la vez, los ponían serios, despertando en ellos ideas de procesos y de dinero. La mujer, de unos treinta y cuatro años, muy morena, de rostro agradable, había cruzado sus manos secas de trabajadora sobre su saya de paño negro bordada con terciopelo, y con sus ojos vivos escudriñaba los rincones, pensando en los títulos de propiedad que allí dormían; mientras que el hombre, de unos cinco años más de edad, rojo y plácido, con pantalón negro y amplia blusa azul nueva, tenía en sus

rodillas su sombrero redondo de fieltro, sin que la sombra de un pensamiento animase su ancha cara, cuidadosamente afeitada, agujereada con dos ojos azules, de una fijeza de buey que descansa.

Abrióse una puerta, y maese Baillehache, que acababa de almorzar en compañía de su cuñado el labrador Hourdequín, apareció muy colorado, todavía fresco para sus cincuenta y cinco años, con sus gruesos labios y sus párpados llenos de arrugas que hacían reír continuamente á su mirada. Usaba gafas y estaba siempre tirándose de los pelos grises de sus patillas.

—¡Ah! ¿sois vos, Delhomme?—dijo.—¿Se ha decidido el tío Fouan á hacer la partición?

La mujer fué quien contestó:

—Sí, señor Baillehache..... Estamos todos citados aquí para ponernos de acuerdo y para que nos digáis lo que hay que hacer.

—Bueno, bueno, Fanny; ya veremos..... Es la una apenas y hay que esperar á los demás.

Y el notario prolongó aún un poco la conversación, preguntando el precio de los granos, en baja hacía dos meses, atestiguando á Delhomme la consideración amistosa debida á un labrador que poseía una veintena de hectáreas, un criado y tres vacas. Después se volvió á su despacho.

Los pasantes no habían levantado la cabeza, exagerando el rasgueo de sus plumas, y de nuevo los Delhomme esperaron inmóviles. Había tenido suerte aquella Fanny con haberse casado con un novio honrado y rico, y eso que ni siquiera la había dejado en cinta antes de casarse, ella que no esperaba del tío Fouan más que unas tres hectáreas. Su marido, por lo demás, no se arrepentía, porque

no habría podido encontrar ama de casa más inteligente ni más activa, hasta el punto de que se dejaba guiar en todo por ella, teniendo un talento muy limitado, pero tan sereno y tan recto, que con frecuencia se le tomaba en Rognes por árbitro.

En aquel momento el pequeño escribiente que miraba hacia la calle ahogó una carcajada entre sus manos, murmurando al oído de su vecino el viejo gordinflón y sucio:

—¡Oh, Jesucristo!

Vivamente Fanny se había inclinado al oído de su marido.

—Mira, déjame hacer.... Quiero mucho á papá y á mamá, pero no quiero que nos roben; y desconfiemos de Buteau y de ese canalla de Jacinto.

Hablaba de sus dos hermanos, porque había visto por la ventana llegar á este último, el mayor, aquel Jacinto que toda la comarca conocía con el apodo de Jesucristo; un haragán y un borracho que á su vuelta del servicio, después de haber hecho la campaña de Africa, se había puesto á vagar por los campos, rehuendo todo trabajo regular, viviendo de la caza furtiva y del merodeo, como si se encontrara todavía entre beduinos.

Entró un mocetón en toda la fuerza muscular de sus cuarenta años, con los cabellos ensortijados, la barba en punta, larga é inculta, con un rostro de Cristo viejo, un Cristo borrachón, violador de jóvenes y salteador de caminos. Desde aquella mañana en Cloyes, estaba ya borracho; el pantalón lleno de barro, la blusa manchada y la gorra caída sobre la nuca; fumaba un cigarro de á cuarto, húmedo y negro, que apeataba. Sin embargo, en sus hermosos ojos de vago mirar veíase una tanante-

ría de no mal género y la afición á una crápula de buena clase.

—¿Qué, no están aquí los padres?—preguntó.

Y como el pasante delgado, amarillento por la bilis, le contestase con un movimiento de cabeza negativo, se quedó un momento apoyado en la pared, mientras que su cigarro humeaba entre sus dedos. No tuvo más que una ojeada para su hermana y su cuñado, que aparentaron no haberle visto. Luego, sin añadir una palabra, salió y se fué á esperar en la calle.

—¡Oh Jesucristo! ¡Oh Jesucristo!—repetía el chiquillo, mirando á la calle como si aquel nombre despertara en su memoria recuerdos de historias divertidas.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando llegaron los Fouan, dos viejos de movimientos calmosos y prudentes. El padre, en otro tiempo muy robusto, se había secado en un trabajo tan duro, en una pasión por la tierra tan áspera, que su cuerpo se encorvaba como para volver á aquella tierra violentamente deseada y poseída. Sin embargo, salvo las piernas, estaba fuerte todavía y de buen aspecto, con sus patillas blancas, con la gran nariz de familia que aguzaba más su rostro descarnado y cruzado por grandes arrugas. Y á su lado la madre, más pequeña y gruesa, con un vientre que denunciaba un principio de hidropesía, el rostro color de avena, con dos ojos redondos y una boca redonda, que una infinidad de arrugas parecían cerrar como bolsa de avaro. Estúpida, reducida en su casa á un papel de bestia dócil y laboriosa, siempre había temblado ante la autoridad despótica de su marido.

—¡Ah, ya están aquí!—exclamó Fanny levantándose.

Delhomme había dejado también su silla. Y detrás de los viejos reaparecía Jesucristo tambaleándose y sin decir una palabra. Restregó su cigarro como para apagarlo, y guardó la apestosa colilla en un bolsillo de su blusa.

—Aquí estamos—dijo Fouan.—Sólo falta Buteau.... ¡Jamás ha de llegar á tiempo, ni á la vez que los demás, ese bribón!

—Lo he visto en el mercado—dijo Jesucristo con voz enronquecida por el aguardiente. Va á venir.

Buteau, el menor, de veintisiete años, debía el apodo á su mala cabeza, siempre destornillada, encariñada con sus ideas, que no eran como las de los demás. Ni aun de chico había podido entenderse con sus padres; y más tarde, después de haber sacado un buen número, se había escapado de la casa paterna para contratarse, primero en la Borderie y luego en la Chamade.

Todavía el padre continuaba gruñendo, cuando él entró vivo y decididor. En él la gran nariz de los Fouan se había aplastado, mientras que las mandíbulas habían avanzado. Las sienes huían, la parte alta de la cabeza se estrechaba, y detrás de la burlona expresión de sus ojos grises veíase malicia y violencia. Tenía de su padre los deseos brutales y la terquedad en la posesión, agravados por la avaricia de la madre. A cada disputa, cuando los dos viejos lo colmaban de reproches, él contestaba: «¡Esto es lo que me faltaba!»

—Decis—contestó—que hay cinco leguas de la Chamade á Troyes. ¿Y qué? pues llevo al mismo tiempo que vosotros.....

Comenzaron todos á disputar, gritando con sus voces agudas, discutiendo sus asuntos como si estuvieran completamente solos. Los pasantes, incomodados, los miraban de reojo, cuando el notario, abriendo de nuevo la puerta de su despacho, les dijo:

—¿Estáis todos ya? ¡Vamos, entrad!

Aquel despacho daba al jardín, una pequeña faja de terreno que bajaba hacia el Loira, y del cual se percibían los árboles sin hojas. Sobre la chimenea había un reloj de mármol negro entre dos legajos, y nada más que la mesa de nogal, un estante y sillas.

El Sr. Baillehache sentóse desde luego delante de su mesa como en un tribunal, mientras que los campesinos, entrando uno detrás de otro, vacilaban mirando las sillas, embarazados por no saber cómo y donde debían sentarse.

—¡Vamos, sentaos!

Entonces, empujados por los demás, Fouan y Rosa quedaron en primera fila; Fanny y Delhomme se pusieron detrás, el uno al lado del otro, mientras que Buteau se aislaba en un rincón contra la pared, y Jacinto permanecía en pie delante de la ventana, cuya luz ocultaba con sus anchos hombros. Pero el notario, impaciente, le interpeló familiarmente.

—¡Vamos, sentaos, Jesucristo!

También tuvo que abordar el asunto.

—¿De modo, tío Fouan, que estáis decidido á partir vuestros bienes, en vida, entre vuestros dos hijos y vuestra hija?

El viejo no contestó nada; los demás continuaron inmóviles como estatuas, y reinó el silen-

cio. Por lo demás, el notario, acostumbrado á aquellas cosas, no se apresuraba tampoco. Hacía doscientos cincuenta años que su cargo venía vinculado en su familia, y los Baillehache de padres á hijos habían ido tomando de sus clientes campesinos aquella reflexiva pesadez y la maliciosa circunspección que llena de largas pausas y de palabras inútiles los debates menos importantes. Tomó unas tijeras y comenzó á raspase las uñas.

—¿No es cierto que estáis decidido?—repitió al fin, mirando con fijeza al viejo.

Éste se volvió, y mirando á todos antes de hablar, como si buscase las palabras,

—Sí, es posible, señor Baillehache..... Os había hablado de ello hace tiempo. Vos me dijisteis que esto había que pensarlo bien; lo he pensado más, y veo que va á ser preciso venir á parar á esto.

Y explicó por qué, en frases interrumpidas, cortadas por continuos incisos. Pero lo que no decía, lo que salía del modo que lo tenía en la garganta, era la tristeza infinita, la rabia sorda por separarse de aquellos bienes tan ardientemente deseados, antes de la muerte, cuidados después con encarnizamiento, y aumentados después terrón á terrón á fuerza de la más sórdida avaricia. Tal parcela representaba meses de pan y de queso, inviernos sin lumbre, veranos de rudos trabajos, sin otro alimento que algunos tragos de agua. Había amado la tierra como mujer que mata y por la cual se asesina. ¡Ni esposa, ni hijos, ni nadie ni nada humano; la tierra! Y he aquí que había envejecido y que debía ceder aquella querida á sus hijos, como su padre se la había cedido á él, rabiando por su impotencia.

—Mirad, señor Baillehache, hay que hacerse cargo; las piernas flaquean, los brazos ya están débiles y ¡diablo! la tierra gasta.... Acaso habría podido marchar esto, si hubiera habido inteligencia con los hijos.

Y lanzó una mirada sobre Buteau y sobre Jesucristo, que no parpadeaba, como si no estuviera en lo que se hablaba.

—Pero qué, ¿queréis que tome gentes extrañas que nos robarían? No; los criados cuestan caros y se comen las ganancias. Yo no puedo más. Este año, ¡mirad! de diez y nueve tahullas que poseo, apenas he podido cultivar la cuarta parte, lo preciso para comer, el grano para nosotros y la hierba para las dos vacas.... Comprenderéis que me parte el corazón ver esta buena tierra descansando y sin producir nada. Sí, mejor quiero abandonarlo todo que presenciar esta ruina.

Su voz se ahogó, é hizo un gran gesto de dolor y de desesperación. Á su lado su mujer, sumisa, aplanada por medio siglo de obediencia y de trabajo, escuchaba.

—El otro día—continuó—haciendo Rosa sus quesos, cayó de cabeza en ellos. Á mi nada me disgusta tanto como venir en carro al mercado.... Y luego, cuando uno se va, no se lleva la tierra consigo. Hay que dejarla, hay que dejarla.... En fin, bastante hemos trabajado, y queremos morir tranquilos.... ¿No es verdad, Rosa?

—¡Verdad, tan cierto como nos está viendo Dios!—dijo la vieja.

De nuevo reinó un silencio muy largo. El notario acababa de cortarse las uñas. Dejó las tijeras sobre la mesa, diciendo:

—Sí, esas son razones muy razonables; con frecuencia se ve uno obligado á la donación..... Debo añadir que ésta ofrece una economía á las familias, porque los derechos de herencia son más crecidos que los de la cesión de bienes.....

Buteau, á pesar de su indiferencia afectada, no pudo contener este grito:

—¿De veras, señor Baillehache?

—Sin duda. Os podéis ahorrar algunos centenares de francos.

Los demás se agitaron; hasta se iluminó el rostro de Delhomme, mientras que el padre y la madre participaban también de aquella satisfacción. Desde el momento que costaba menos el negocio, era cosa hecha.

—Tengo todavía que haceros las observaciones de costumbre—continuó el notario.—Muchas gentes combaten la cesión de bienes, que miran como inmoral, porque destruye los lazos de familia, según ellas..... Se podrían citar, en efecto, hechos deplorables, hijos que se portan muy mal cuando los padres les han cedido los bienes.....

Los dos hijos y la hija escuchaban con la boca abierta.

—Que lo guarde todo padre, si tiene esas ideas—interrumpió secamente Fanny, que era muy susceptible.

—Siempre hemos obrado bien—dijo Buteau.

—El trabajo no nos asusta—añadió Jesucristo.

El señor Baillehache los calmó con un gesto.

—¡Dejadme acabar! Sé que sois buenos hijos y honrados trabajadores, y que con vosotros no hay el peligro de que un día se arrepientan vuestros padres.

Hablaba sin ironía, repitiendo las frases amistosas que veinticinco años de profesión eran para él una costumbre. Pero la madre, como si no hubiera comprendido, paseaba sus miradas de su hija á sus dos hijos. Habíalos educado á los tres sin ternura, con la frialdad de una niñera. Al menor le guardaba rencor porque se había escapado de la casa cuando podía ganar algo; con la hija jamás había podido estar de acuerdo, herida porque no se le parecía; sólo se endulzaba su mirada cuando se fijaba en el mayor, aquel ganapán que no tenía nada de ella ni de su marido, aquella mala hierba á quien acaso por esta razón excusaba y prefería.

También Fouan había mirado á sus hijos con el sordo malestar que le producía pensar qué harían con sus bienes. La haraganería del borracho le angustiaba menos todavía que el ansia de los otros dos. Movi6 su cabeza como diciéndose que á qué quemarse la sangre, puesto que no había remedio.

—Ahora que está resuelta la partición—dijo el notario—hay que fijar las condiciones. ¿Estáis de acuerdo en la renta que hay que pagar?

Todos quedaron inmóviles y mudos. Los curtidos rostros tomaron una expresión rígida, la gravedad impenetrable de los diplomáticos. Después se turbaron con una mirada, pero ninguno habló. El padre fué el que de nuevo explicó las cosas.

—No, señor Baillehache, no hemos hablado; hemos esperado á estar reunidos aquí..... Pero esto es muy sencillo, ¿verdad? Tengo diez y nueve tahullas, que si las arrendara valdrían novecientos cincuenta francos.

Buteau, el menos paciente, saltó en su silla.

—¡Cómo! ¿á cincuenta francos? ¿Os burláis de nosotros, padre?

Y se euredó una discusión sobre la tasación. Había una tahulla de viña; ésta sí se podría arrendar en cincuenta francos. ¿Pero se podría encontrar quien tomara en esto las doce tahullas de tierras de labor, y sobre todo las seis de prados naturales á orillas del Aigre, que no valían nada? Las mismas tierras de labor apenas valían, una parte sobre todo, la más próxima al río.

—Vamos, padre—dijo Fanny con aire de reproche—no hay que burlarse.

—Valen á cincuenta francos—insistía el viejo.—Si yo quisiera, las arrendaría en eso mañana.... ¿Cuánto valen para vosotros?

—Treinta francos—dijo Buteau.

Fuera de sí Fouan mantenía su precio, haciendo un elogio de sus tierras, que según él daban ellas solas sus cereales, cuando Delhomme, silencioso hasta aquel momento, declaró con todo su acento honrado:

—Valen cuarenta francos, ni un sueldo menos.

El viejo se calmó en seguida.

—¡Bueno! pongamos cuarenta, no me importa hacer un sacrificio por mis hijos.

Pero Rosa, que le había tirado de un pico de su blusa, soltó una sola palabra, que era una acusación por su generosidad.

—¡No, no!

Jesucristo se había desinteresado. Ya no le importaba la tierra, después de cinco años pasados en África. No sentía más que un deseo veheméntísimo: el de coger su parte, fuese cual fuera, para

convertirla en seguida en dinero. Así es que siguió dándose tono, sonriendo con aire burlón y de cierta superioridad.

—¡He dicho que ochenta—exclamó—y ochenta han de ser! No tengo más que una palabra; lo juro delante de Dios!.... Nueve tahullas y media; veamos, eso hace setecientos sesenta francos; en cantidad redonda diremos ochocientos.... Conque así la pensión será de ochocientos francos, que es lo justo.

Buteau soltó una violenta carcajada, en tanto que Fanny protestaba con un movimiento de cabeza, como si estuviese estupefacta. Y el señor Baillehache, que desde que había comenzado la discusión, miraba al jardín de su casa distraidamente, volvió á ocuparse de sus clientes y se puso á hacer como que los escuchaba, acariciándose entretanto sus largas patillas con aquel gesto de maniático que le era peculiar, y adormecido por los efectos de la digestión del magnífico almuerzo que había tomado.

Esta vez, sin embargo, el viejo tenía razón: era justo. Pero sus hijos, acalorados, arrebatados por el deseo de hacer aquel trato al precio más bajo posible, se mostraban terribles, regateaban, juraban y blasfemaban con la mala fe de la gente de campo cuando va á comprar algo.

—¡Ochocientos francos—murmuraba Buteau.—¿Es que queréis vivir como un señor?.... ¡Vaya, con ochocientos francos pueden muy bien comer cuatro! ¡Decid de una vez que queréis moriros de una indigestión!

Fouan no se enfadaba todavía. Opinaba que el regateo era natural y se contentaba con hacerle

frente como Dios le daba á entender, extremando él también sus exigencias y sus condiciones.

—¡Y además, no es eso sólo, gentuza!.... Sino que conservaremos hasta que nos muramos, la casa y el jardín, naturalmente.... Y como no tendremos cosechas ni tendremos más que las dos vacas, exigimos todos los años una cantidad de vino, leña, leche, y todas las semanas una docena de huevos y tres quesos.

—¡Oh, papá!—gimió Fanny dolorosamente,—¡oh, papá!

Butean ya no discutía. Habíase levantado de un salto como movido por un resorte, y se paseaba con ademán brusco; ya se había puesto la gorra para marcharse. También Jesucristo había abandonado su asiento, temeroso de que todas aquellas historias dieran al traste con la partición. Solamente Delhomme permanecía impasible, con un dedo apoyado en la nariz, en una actitud de profunda reflexión y de gran aburrimiento.

Entonces el señor Bailléhache sintió la necesidad de apresurar un poco el desenlace. Sacudió su soñolencia, y acariciándose las patillas con más viveza,

—Sabéis, amigos míos —dijo—que el vino y la leña, así como los quesos y los huevos, es costumbre antigua....

Pero fué interrumpido por una lluvia de frases agrias.

—¡Huevos con sus pollos y todo dentro tal vez!

—¿Tenemos nosotros vino para beber? Lo que hacemos es venderlo!

—No hacer nada, y beber y comer y calentarse

mientras los hijos de uno se matan á trabajar, es cosa muy bonita y muy cómoda.

El notario, que estaba acostumbrado á tormentas mayores, siguió diciendo con la más completa calma:

—¡Todo eso no viene á cuento!.... ¡Cáscaras! ¡Vos, Jesucristo, sentaos! ¡Lo mareáis á uno con esas vueltas!.... Vamos, estamos arreglados ya, ¿no es verdad? Contestad todos.... Estamos conformes en eso, y falta discutir solamente lo de la renta.

Delhomme al fin salió de su inmovilidad é hizo seña de que tenía algo que decir. Cada cual había vuelto á sentarse en su sitio, y en medio de la general atención dijo:

—Perdonad; parece justo lo que pide padre; se le podrían dar ochocientos francos, puesto que en ochocientos francos podría arrendar sus fincas.... Pero nosotros no echamos las cuentas así. No nos arrienda las tierras, sino que nos las da, y el cálculo está en saber qué necesitan él y la madre para vivir.... Sí, nada más que lo que necesitan para vivir.

—En efecto —dijo el notario— esa es la base que ordinariamente se toma.

Y surgió otra disputa acalorada. La vida de los dos viejos fué inspeccionada, discutida, consentida, necesidad por necesidad. Se pesó el pan, las legumbres, la carne; se valoraron las ropas, regateando sobre la clase de telas y paños que debían usar; se descendió hasta las pequeñas dulzuras, al tabaco que debía fumar el padre, que importaba dos sueldos diarios, que después de una serie interminable de recriminaciones quedaron redu-

cidos á uno. Cuando no se trabaja se debe ser económico y saberse reducir. ¿No podía también la madre pasar sin tomar café? Lo mismo que el perro que tenían, un perro viejo, de doce años, que comía mucho y no servía para nada: ¡ya hacía tiempo que debían haberle pegado un tiro! Cuando el cálculo estuvo hecho, volvieron á hacerlo, buscando algo que suprimir todavía: dos camisas, seis pañuelos al año, un céntimo de lo que se había señalado para la comida diaria. Y cortando y recortando, llegando á las mayores economías, consiguieron poder fijar una suma de quinientos cincuenta y algunos francos, lo cual dejó á los hijos agitados, furiosos, fuera de sí, porque se empeñaban en no pasar de los quinientos francos por ningún concepto.

Sin embargo, Fanny se cansó. No era mala hija; más compasiva que los hombres, no tenía aún el corazón y la piel endurecidos por la lucha por la existencia trabajando en el campo, y fué la primera que habló de terminar aquella escena haciendo concesiones.

Jesucristo, por su parte, se encogía de hombros, generoso como era para las cuestiones de dinero, y hasta acometido de cierto enternecimiento de borracho, dispuesto á ofrecer algo de su parte, que de seguro no hubiese pagado nunca.

—Vamos — preguntó la hija — ¿queréis que quedemos en los quinientos cincuenta francos?

—¡Sí, hombre, sí! — respondió él. — Justo es que disfruten un poco los pobres viejos.

La madre dirigió á su hijo mayor una mirada de ternura, en tanto que el padre seguía batallando con su hijo menor. No había cedido más que

paso á paso, regateándolo todo, empeñándose en mantener ciertas cifras. Pero bajo la fría terquedad que mostraba, la cólera iba aumentando en él ante la intransigencia de aquella gente que era carne de su carne y sangre de su sangre, y que se empeñaba en heredarle casi por completo, viviendo él todavía. Se olvidaba de que lo mismo había hecho con su padre. Sus manos temblaban, y al fin, sin poderse contener, gritó:

—¡Ah, canalla! ¡pensar que ha criado uno á esta gentuza para que ahora le quiten el pan de la boca!.... Palabra que esto me da asco y que preferiría estar ya pudriéndome debajo de tierra.... ¿De modo que no hay medio de que seáis amables? ¿De modo que no queréis dar más que quinientos cincuenta francos?

Y ya iba á aceptar esta cantidad, cuando de nuevo su mujer le tiró de la blusa y le dijo al oído:

—¡No, no!

—Eso no es todo — replicó Buteau después de vacilar un momento; — ¿y el dinero que tenéis escondido?.... Puesto que tenéis dinero vuestro, no necesitáis el nuestro, ¿no es verdad?

Y miraba á su padre fijamente, porque se había reservado aquel golpe de efecto para el último instante. El viejo se puso muy pálido.

—¿Qué dinero? — dijo al fin.

—Pues el que tenéis colocado; aquel de que conserváis las acciones y resguardos.

Buteau, que no hacía más que sospechar la cosa, procuraba sacar de mentira verdad para convenirse. Cierta noche había creído ver á su padre cogiendo un pequeño rollo de papeles de detrás de

un espejo. Al día siguiente y los sucesivos había espiado inútilmente, porque no pudo ver nada.

Fouan, que estaba lívido, se puso de repente colorado y furioso; se levantó de su asiento gritando con gesto amenazador:

—¡Ah, granujas! ¿Es decir que ya hasta me registráis los bolsillos? ¡No tengo un cuarto, no tengo un céntimo colocado en ninguna parte, cochinos, porque me habéis hecho gastar demasiado para que tenga ahorros!..... Pero si así fuese, ¿qué os importaba? ¿No soy yo el amo, el padre?

Parecía más alto de estatura al erguirse con aquel alarde de autoridad paterna.

Durante muchos años, todos, la mujer y los hijos, habían temblado delante de él, bajo el rudo despotismo propio del jefe de una familia de labriegos. Y se equivocaban si creían no tener que someterse ya á su autoridad.

—¡Oh, papá!—empezó á decir Buteau.

—¡Calla, voto á bríos!—continuó el viejo, levantando la mano.—¡Calla, ó te pegó!

El hijo menor murmuró unas palabras, se hizo el chiquitín y se sentó asustado en una silla. Había sentido el aire del bofetón; sentíase acometido del miedo que experimentara en su infancia, y levantó el codo para resguardarse.

—¡Y tú, Jacinto, no te rías! ¡Y tú, Fanny, baja los ojos!..... ¡Si no, tan cierto como que ahora es de día, os voy á hacer bailar, canalla!

Estaba solo, de pie, amenazador, en medio de la habitación. La madre temblaba como si temiese que le fuera á pegar también. Los hijos no se movían; estaban sometidos, domados, sin hablar palabra.

—Ya lo oís; quiero que la renta sea de seiscientos francos..... Si no, vendo la finca y se acabó la historia. ¿Dais los seiscientos francos?

—Papá—dijo Fanny—daremos lo que queráis.

—Seiscientos francos, bueno—dijo Delhomme.

—Yo—declaró Jesucristo—quiero lo que quieren todos.

Buteau, con los dientes apretados de rencor y de rabia, pareció asentir con su silencio, y Fouan seguía dominándolos y paseando de uno á otro su dura mirada de amo obedecido. Al fin se volvió á sentar diciendo:

—Entonces, estamos de acuerdo, ¿eh?

El señor Baillehache, sin conmoverse, había presenciado el final de la disputa. Cuando ésta hubo concluido, dijo entonces pacientemente:

—Bueno; pues si ya estáis de acuerdo, no hablemos más..... Ahora que conozco las condiciones, voy á redactar el acta..... Por vuestra parte haced que midan las tierras, dividid los lotes y decid al medidor que me envíe una nota de la designación de los lotes. Luego, cuando los hayáis sorteado, no tendremos más que inscribir al lado de cada nombre el número correspondiente y firmaremos.

Se había levantado de su sillón para despedirlos. Pero no se movieron; aun vacilaban y parecían reflexionar. ¿Estarian bien conformes? ¿No se les olvidaba nada, no habían hecho un mal negocio que aun sería tiempo de remediar?

Dieron las cuatro; hacía más de tres horas que estaban allí.

—Marchaos—les dijo el notario—porque hay gente esperándome.

30825

Tuvieron que decidirse; los empujó hasta la habitación contigua, donde en efecto, estaban esperando pacientemente otros labriegos, inmóviles y rígidos en sus sillas, en tanto que un escribiente del notario contemplaba desde la ventana una riña de perros, y los otros dos, malhumorados y aburridos, seguían haciendo sonar sus plumas sobre el papel de oficio.

Fuera, la familia permaneció un momento en medio de la calle.

—Si queréis— dijo el padre— la medición de tierras se hará pasado mañana lunes.

Aceptaron con un movimiento de cabeza, y bajaron la calle de Gronaire unos detrás de otros.

Luego el viejo Fouan y Rosa tomaron la calle del Temple, dirigiéndose hacia la iglesia, y Fanny y Delhomme se alejaron por la calle Mayor. Buteau se había detenido en la plaza preguntándose si su padre tendría ó no tendría dinero escondido; y Jesucristo, que se había quedado solo, después de encender otra vez la colilla de cigarro que llevaba en la boca, entró en el café del Buen Labrador.

III.

La casa de Fouan era la primera que se encontraba al entrar en Rognes, situada en la carretera de Cloyes á Bazoches-le-Doyen, que pasa por el pueblo, y el lunes el viejo salía al amanecer para acudir á la cita que había dado en la puerta de la iglesia, cuando vió en la puerta de al lado á su

hermana la Grande, que ya estaba levantada, á pesar de sus ochenta años.

Aquellos Fouanes habían nacido y crecido hacia siglos como una vegetación de plantas. Antiguos siervos de Rognes-Bonqueval, del cual no quedaba ya más rastro que unas cuantas piedras enterradas de su castillo derruido, habían sido emancipados en tiempos de Felipe el Hermoso. Desde entonces estaban convertidos en propietarios, primero de una tahulla, luego de dos, compradas al señor en un apuro y pagadas el doble de su precio en sudor y en sangre. Luego había comenzado la lucha, lucha de cuatrocientos años, para defender y aumentar aquella propiedad, con un encarnizamiento que iban heredando de padres á hijos; trozos perdidos y vueltos á adquirir; propiedad ilusoria puesta en tela de juicio y siendo objeto de litigio incesantemente; herencias recargadas con tan grandes impuestos, que parecían á punto de extinguirse; prados y tierras de labor que iban aumentando poco á poco, á pesar de todo esto, por esa necesidad de poseer que sentían, y lentamente iban saliendo victoriosos. En esa lucha sucumbieron generaciones enteras; pero cuando la revolución del 89 vino á consagrar sus derechos, el Fouan de entonces, José Casimiro, poseía veintiuna tahullas, conquistadas en cuatro siglos al antiguo dominio feudal.

En 1793, aquel José Casimiro tenía veintisiete años; y el día en que lo que restaba del antiguo dominio señorial fué declarado bienes del Estado y vendido á pública subasta, ardió en deseos de adquirir algunas hectáreas. Los Rognes-Bonqueval, arruinados, llenos de deudas, después de ha-